

Espiritualidad Ortodoxa

SOBRE EL AMOR CRISTIANO

Fragmentos de la homilía de San Juan Crisóstomo

Introducción y traducción

P. Atanasio Yanes

Introducción

No cabe duda de que San Juan Crisóstomo ha sido, es y será siempre uno de los más importantes expositores, comentadores y exegetas de la Doctrina Cristiana y la vivencia espiritual que a través de los siglos la acompaña. Como su nombre indica (*Crisóstomo* significa en griego “el de la boca de oro”), San Juan Crisóstomo fue el teólogo más excelso de la llamada “Escuela de Antioquía”,¹ desde el inicio reconocido como un preclaro orador, expositor de un verbo teológico-exhortativo especialmente iluminado por el Santo Espíritu de Dios, y firme defensor, en la praxis de su intensa vida coronada por la santidad y la deificación, de los principios y la Enseñanza que predicaba. De hecho, una de las características más admirables del Santo, es la absoluta coherencia entre su *palabra* y su *vida*, entre su *predicación* y su *experiencia vital*, por lo cual hubo de sufrir exilio, habiendo sido Arzobispo de Constantinopla, hasta terminar su vida terrena en el año 407, a la edad de 62 años,² físicamente alejado de su Cátedra, pero espiritualmente consagrado al ejercicio de sus deberes como Jerarca de la Cristiandad. Fue autor de una de las Divinas Liturgias, junto con la de San Basilio Magno, utilizadas por la Iglesia Ortodoxa para el ejercicio mistagógico-eucarístico.

El texto que ahora presentamos, ***Sobre el Amor cristiano***, ha sido tomado del inmenso e invaluable Corpus Homilético de San Juan Crisóstomo, y constituye una brillante exposición del significado del amor cristiano en contraste con lo que el Santo llama “amor mundano”, o “interesado”, “de comercio”, etc., haciendo énfasis en la pureza, la incondicionalidad y la infinitud intrínseca del amor cuando se le considera como un “estado del ser” mismo del cristiano, en la medida en que el propio Dios “es Amor”, como enseña el Apóstol Juan (1Jn.4,8), y que “por amor entregó Dios a su Hijo único, no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn. 3-16).

Esta extraordinaria homilía sobre el amor, nos presenta ideas de esencial significación para nuestra época, la cual experimenta de manera global una intensa crisis de principios espirituales, que ha tomado la forma de la “racionalidad empresario-comercial”, donde todo tiene su “valor” *respecto a un otro* con el cual ha de ser intercambiado como *mercancía*, pero nunca en sí mismo, y donde la

¹ Cfr. Gregorio Kostará. Introducción a la Filosofía, Cuarta Edición, Atenas, 1994, pp.292-293.

² Idem, p.293.

libertad del amor espiritual y del sentido de una auténtica hermandad universal se ve coartada y obstaculizada por el interés práctico-dominativo de establecer una cultura global ordenada según *parámetros cibernéticos*, según cálculos de orden económico y político, lo cual, paradójicamente en apariencias, trae consigo el florecimiento de aquellas conformaciones mentales y culturales que responden aún a esquemas obsoletos como "superioridad racial", "nacionalismo", "etnocentrismo", etc., los cuales se presentan como valores "universales", y se anteponen ante cualquier expresión de auténtica vivencia pan-humana, que reconoce e interpreta al ser humano primordialmente como ser "a imagen y semejanza de Dios", en su esencialidad suprahistórica, y concibe su salvación no en la alienación que implican los conceptos antes referidos, sino en el "retorno al futuro" de su ser deificado según la imagen histórica del Θεάνθρωπος, del Cristo Dios y Hombre Verdadero.

En esencia, la gran predicación de la Ortodoxia es el "amor" (I Jn.4,20; Rom.13,8; Jn.3, 16). La Iglesia ruega a los enemigos de la humanidad que se evite la lucha entre los hombres, con el fin de no destruir "la obra maestra" del Creador. Y este ruego se sustenta en una indiscutible autoridad histórica, puesto que nuestra Iglesia ha experimentado las persecuciones, las brutalidades del hombre, y las terribles consecuencias a que conducen el odio, el temor y el desconocimiento mutuo.

El logro de la unidad y solidaridad entre los hombres, presupone la aplicación de las palabras del Apóstol San Juan: "Amémonos unos a otros desde el corazón..." (I .Jn.3, 17-18), "habiendo purificado nuestras almas por nuestra obediencia a la verdad... por el Verbo de Dios que vive y permanece para siempre" (I P. 1, 22-23).

Es este mensaje salvífico, inigualablemente expuesto en el presente opúsculo de San Juan Crisóstomo, el que ahora se expande a través de la Ortodoxia también en los países de América Latina, donde nuestra Iglesia contribuye decisivamente al perfeccionamiento espiritual de mujeres y hombres que buscan la Verdad y la Vida con autenticidad y fe inquebrantables.

La Ortodoxia ha cumplido la venerable labor de conjugar la autoridad de Dios y la libertad del hombre en la formulación de sus doctrinas y reglas canónicas. Ha asumido la gran tarea de mantener en la historia el equilibrio teándrico entre autoridad y libertad; la unidad y la autonomía local: "La unidad y la variedad" a imagen de la Santa Trinidad, que siendo un solo Dios, *existe* como Tres Personas.

Entre las ideas fundamentales de esta homilía, podemos destacar las siguientes:

1. **Existe una esencial diferencia entre el amor "auténtico", que es eterno, y el amor "inauténtico", que es en sí mismo caduco y efímero.** Esta distinción es fundamental en la cosmovisión del Santo, y se funda en una aguda percepción de las motivaciones y los principios que mueven y sostienen las relaciones que usualmente se desarrollan en nuestra vida. Esta totalidad de relaciones "inauténticas", o sea, basadas en el interés

egoísta, en la manipulación interesada del prójimo, en el temor de vernos privados de la admiración, el soporte material o el reconocimiento psico-espiritual del otro, etc., es lo que el Santo llama en general “vida mundana” y “amor mundano”. No existe una condena del mundo “en cuanto tal”, porque por ese mundo se dio a la muerte el propio Hijo de Dios, y es el mundo por Él profundamente amado. Se trata más bien de la condenación de la vida inauténtica que solemos llevar en él, y de la destrucción, la “catástrofe”, a que lo conducimos cuando olvidamos el sentido del amor cristiano, del amor auténtico, de aquel que, de ser necesario, sabe incluso dar la vida por el prójimo.

2. **El amor es resultado de las “virtudes” (lo que el Santo llama *ἀρεταί*), pero al mismo tiempo el amor refuerza y plenifica las virtudes mismas.** “¿Cómo nace, sin embargo, el amor en el alma del ser humano? El amor es fruto de la virtud. Pero también el amor, por su parte, produce la virtud.” Cuando el Santo se refiere a la *areté*, toma en cuenta aquello que en esencia constituye la dignidad de la persona humana como creación “a imagen y semejanza de Dios”, elementos o “atributos” éstos que han quedado “ocultos” o “de-formados” después de la caída como consecuencia del pecado. Por ello, a las virtudes se oponen las pasiones, que no son sino la “expresión invertida” de las virtudes mismas. En un significativo pasaje, donde San Juan Crisóstomo compara al amor con el resto de las virtudes, señala la superioridad del primero de la siguiente manera: “El amor tiene la ventaja única de la que no viene acompañado, como sucede con el resto de las virtudes, por determinados males. Estas cosas no existen en el amor, en el amor auténtico”. Cuando hay amor, entonces las virtudes se practican en la plenitud de su sentido, y alcanzan su más alta realización. En esta “dialéctica” entre las virtudes y el amor, este último se presenta naturalmente como la fuente de la plenitud de las primeras, y la piedra angular de toda auténtica vida cristiana.

3. **Amar no es sólo honrar al prójimo, sino también mostrar sincero interés en los problemas y las naturales dificultades que conforman la vida de nuestro prójimo.** No se trata de una estimación “abstracta” por el otro como “humanidad”, sino de una verdadera interacción personal entre los seres humanos, en tanto que, en el amor, se realiza la aparente paradoja de que el individuo se trasciende a sí mismo para ser *a través del otro*, y, al mismo tiempo, sólo entonces es verdaderamente “él mismo” como persona. El amor es por principio *personalizador*, no *impersonalizador* ni alienante, y ello porque Dios mismo es Amor, y, en el misterio de Su *trinidad uni-esencial*, el Ser personal por excelencia. La forma superior, la forma perfecta de ser, es el ser *persona* en una *comunidad de amor*. “El amor presenta a tu prójimo ante ti como “un otro yo”, te enseña a alegrarte con su felicidad, y a lamentar sus desgracias cual si fueren las tuyas propias (...) El amor, igualmente, hace comunes las

propiedades y los bienes de cada persona...”, afirma San Juan Crisóstomo.³

4. **En cuanto a la relación Cristianismo y Sociedad**, San Juan Crisóstomo nos refiere impactantes juicios pletóricos de actualidad y vigencia, los cuales nos convocan a reflexionar sobre el papel que, como Iglesia de Cristo, desempeñamos en nuestro tiempo, y en especial sobre la imagen que ofrece a nuestros conciudadanos un Cristianismo dividido y fragmentado como el que actualmente se presenta ante los ojos del mundo. Refiriéndose a aquéllos que no creen en nuestro Señor y Salvador Jesús Cristo, y permanecen alejados de Su Iglesia, San Juan Crisóstomo reflexiona sobre el hecho de que es ciertamente nuestra carencia de amor, y no la falta de milagros, lo que en realidad aleja a los no creyentes de la Iglesia. Sin duda, un agudo llamamiento a los cristianos de hoy, que debe inspirarnos a todos a intentar solventar las naturales diferencias que existen a través del diálogo fraterno, el conocimiento mutuo sobre la base del amor, y la confianza en nuestro único Señor Jesús Cristo, el cual aún ora al Padre para que “todos sean uno”.

FRAGMENTOS DE LA HOMILÍA DE SAN JUAN CRISÓSTOMO SOBRE EL AMOR CRISTIANO⁴

Dijo el Señor: “Donde se reúnan dos o tres en mi nombre, allí también estaré yo en medio de ellos” (Mat. 18:20). De manera que ¿no hay siquiera dos o tres reunidos en Su nombre? Los hay, pero raramente. Por otra parte, no habla aquí el Señor de una simple reunión y unión de persona locales. No pide sólo esto. Quiere, junto con esta unión, que estén también presentes en los reunidos las otras virtudes. Con estas palabras, nos quiere decir el Señor: „Si alguien me tiene como base y presupuesto de su amor por el prójimo, y, junto con este amor, portará en sí el resto de las virtudes, entonces estaré junto a él. “La mayoría de las personas, sin embargo, tiene otras motivaciones. No fundamentan en Cristo su amor. Uno ama al otro porque aquél también le brinda amor; el otro a su vez ama aquel que lo honra; está también aquel que ama a otro porque lo considera útil para la realización de alguna empresa personal. Es difícil encontrar a alguien que ame a su prójimo sólo por amor a Cristo, porque son los intereses materiales lo que usualmente une a los seres humanos. Un amor, sin embargo, con tales debilidades, es precario y efímero (...).

³ Conviene aquí, por la impactante similitud de criterios y experiencia, hacer referencias a las palabras de San Basilio Magno sobre este tema, cuando afirmó: “Llamo comunidad perfectísima de vida aquella en la cual no existe ninguna forma de propiedad sobre los bienes (...) donde todo es común (...) común Dios (...) comunes las fatigas, comunes las coronas, todos como uno sólo, y el uno nunca en soledad, sino en la totalidad comunitaria (ἀλλ ἐν τοῖς πλειοσι)” [Cfr. Gregorio Kostará. Idem, p. 295. (Texto en griego)].

⁴ Tomado de la serie “Temas de vida”, Tomo I, Ediciones del Sagrado Monasterio del Paráclito, Oropós Atikís, 2003, pp. 156-174.

Por el contrario, el amor que tiene en Cristo su causa y fundamento resulta firme e duradero. Nada puede disolverlo, ni las difamaciones, ni los peligros, ni siquiera la amenaza de muerte. Quien tiene en sí amor cristiano no deja nunca de amar a su prójimo, no importa cuántas cosas desagradables experimente por su causa, porque no se deja influir por sus pasiones, sino que se inspira en el Amor, en el mismo Cristo. Es por ello que el amor cristiano, como dijo Pablo, no cesa jamás. (...)

Asimismo, el amor no conoce qué significa conveniencia privada. Por ello Pablo nos aconseja: “Que nadie persiga su propio interés, sino lo que ayuda al prójimo” (I Cor. 10:24). Pero el amor no conoce tampoco la envidia, porque quien ama verdaderamente, considera los bienes de su prójimo como suyos propios. Así, poco a poco, el amor transforma al ser humano en ángel. En la medida en que lo aleja de la ira, de la envidia y de toda especie de pasión tiránica, lo saca de su condición natural humana y lo conduce a la condición de la virtud (ἀπάθειας) angélica.

¿Cómo nace, sin embargo, el amor en el alma del ser humano? El amor es fruto de la virtud. Pero también el amor, por su parte, produce la virtud. ¿Cómo sucede esto?: el hombre virtuoso no prefiere los bienes materiales antes que el amor a su prójimo. No es rencoroso. No es injusto. No es malediciente. Todo lo soporta con nobleza de alma. De estos elementos proviene el amor. De que a partir de la virtud nace el amor, lo muestran las palabras del Señor: “Cuando crezca el mal, se secará el amor” (Mat. 24:12). Y respecto al hecho de que del amor nace la virtud, lo muestran las palabras de Pablo: “Quien ama al otro, ha guardado la totalidad de los mandamientos de Dios” (Rom. 13:8).

Pablo nos refiere también las razones por las cuales debemos amarnos mutuamente, cuando dijo: “Mostrad con cariño vuestro amor fraternal por los otros” (Rom. 12:10). Con nos ello quiere decir: Sois hermanos, y por ello debéis tener amor fraternal entre vosotros.

Lo mismo dijo Moisés a los hebreos aquellos que se peleaban en Egipto: “¿Por qué os peleáis? Sois hermanos” (Éx. 2:13). (...)

Debemos saber que el amor no es algo opcional. Es una obligación. Es tu deber amar a tu hermano, tanto porque tienes con él un parentesco espiritual, como porque sois miembros el uno de los otros. Si falta el amor, entonces sobreviene la catástrofe.

Debes, sin embargo, amar a tu hermano también por otra razón: porque tienes ganancia y dividendo, en tanto que con el amor guardas toda la ley de Dios. Así, tu hermano a quien amas, se convierte en tu benefactor. Y ciertamente, “el no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no desearás los bienes ajenos y en general todos los mandamientos se sintetizan en este único, que ames a tu prójimo como a ti mismo” (Rom. 13:9).

El mismo Señor certifica que toda la ley y la enseñanza de los profetas se sintetizan en el amor (Mat. 22:40) (...)

Quien tiene amor, no hace el mal a su prójimo. Dado que el amor es la plenificación de todos los mandamientos de Dios, tiene dos ventajas: por una parte, es protección en contra del mal, por la otra, es realización del bien. Y se le llama plenificación de todos los mandamientos, no sólo porque constituye síntesis de todos nuestros deberes cristianos, sino también porque logra fácilmente la plenificación de los mismos.

El amor constituye una deuda que permanece siempre sin liquidar. Tanto como trabajamos para su erradicación, en esa misma medida crece y se multiplica. En lo que concierne a asuntos monetarios, admiramos a aquellos que no tienen deudas, mientras que, cuando se trata del amor, consideramos que tiene un buen destino aquellos que deben abundantemente (...) El amor es una deuda que permanece, como ya dije, siempre sin liquidar. Porque es esta deuda el elemento que, más que cualquiera otra cosa, reúne nuestra vida y más estrechamente nos imbrica.

Toda buena obra es fruto del amor. Por ello el Señor en múltiples ocasiones se refirió al amor. “Así todos sabrán que sois mis discípulos”, dijo, “si tenéis amor entre vosotros.” (Jn. 13:35). (...) Cuando se enraíza bien el amor dentro de nosotros, todas las otras virtudes, como las ramas, nacerán de él.

Sin embargo, ¿por qué referimos estas nimias argumentaciones en torno a la importancia del amor, dejando a un lado las más grandiosas? Por amor vino el Hijo de Dios cerca de nosotros y se hizo hombre, para acabar con la mentira de la idolatría, para traernos el verdadero conocimiento de Dios, y para regalarnos la vida eterna, como dice el evangelista Juan: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a la muerte a su Hijo Único, para que no se pierda quien crea en Él, sino que tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Además de esto, el amor concede a los hombres una gran fuerza. No existe castillo tan firme, indestructible e imbatible a los enemigos, como es una totalidad de seres humanos que aman y permanecen unidos a través del fruto del amor, la concordia (...) Como las cuerdas de la lira, a pesar de ser muchas, ofrecen un dulcísimo sonido, así conviven todos armónicamente bajo los dedos del músico, de esta manera aquellos que tienen concordia, como una lira de amor, ofrecen una admirable melodía (...) No existe pasión, no existe pecado que el amor no pueda destruir. Es más fácil para una rama seca salvarse de las llamas del horno, que para el pecado escapar del fuego del amor.

El amor presenta a tu prójimo ante ti como “un otro yo”, te enseña a alegrarte con su felicidad, y a lamentar sus desgracias cual si fueren las tuyas propias. El amor hace de los muchos un solo cuerpo y convierte el alma de todos en vasos del Espíritu Santo...El amor, igualmente, hace comunes las propiedades y los bienes de cada persona.

Porque lo que mantiene hoy alejados de Cristo a los no creyentes, no es el hecho de que no se realizan milagros, como afirman algunos, sino la falta de amor entre los cristianos. A los no creyentes no los atraen tanto los milagros como la vida virtuosa, que sólo el amor es capaz de crear. (...)

El amor es la característica del verdadero cristiano y muestra al discípulo crucificado de Cristo, que no tiene nada de común con las cosas terrenas. Sin amor, ni siquiera el martirio sirve absolutamente de nada. (...)

Si reinase el amor en todas partes, ¡cuán diferente sería nuestro mundo! Ni las leyes, ni los jurados, ni las penas serían necesarias. Nadie actuaría injustamente contra su prójimo. Los crímenes, las disputas, las guerras, los levantamientos, los pillajes, los excesos y todas las injusticias desaparecerían. La maldad sería totalmente desconocida. Porque el amor tiene la ventaja única de que no viene acompañado, como sucede con el resto de las virtudes, por determinados males. La brillantez, por ejemplo, aparece frecuentemente acompañada de la vanidad, la elocuencia, por el afán de gloria, la capacidad de realizar milagros, por la soberbia, la caridad por la lujuria, la humildad por la altanería, y así sucesivamente. Estas cosas, sin embargo, no existen en el amor, en el amor auténtico. El hombre que ama, vive sobre la tierra como si viviese en el cielo, con incommovibles serenidad y felicidad, con el alma pura de toda envidia, recelo, ira, soberbia, malos deseos (...) Como nadie en su sano juicio se hace el mal a sí mismo, así quien ama no daña nunca a su prójimo, a quien considera como otro yo. Mira al hombre del amor ¡un ángel terrenal!

Si en nuestra sociedad reinase el amor, no habría discriminaciones, no existirían esclavos ni libres, siervos ni señores, ricos ni pobres, pequeños ni grandes. El diablo, igualmente, y sus demonios serían completamente desconocidos y débiles. Porque el amor es más fuerte que todo muro, y más poderoso que todo metal. No lo transforman ni la riqueza ni la pobreza, sino sólo los mejor de ambas: de la riqueza toma la pobreza lo necesario para la conservación, mientras que de la pobreza toma la riqueza la falta de cuidado. Así desaparecen el cuidado de la riqueza y los temores de la pobreza. (...).

Quizás podrían preguntarme: ¿No existe satisfacción, aunque sólo incompleta, en cualquier especie de amor? No. Sólo el amor auténtico trae consigo alegría pura y sana. Y el amor auténtico no es el mundano, el amor “de comercio”, que constituye más bien maldad y defecto, sino el amor cristiano, el espiritual, aquel que pide nosotros Pablo, aquel que sólo mira el interés del prójimo. Este era el amor que embargaba al Apóstol cuando dijo: “Quien enferma sin que yo también enferme? ¿Quién cae en el pecado sin que lo sufra también yo?” (II Cor. 11:29).

Y de nuevo me preguntarán: Tomando cuidado del prójimo, ¿no vendremos a descuidar nuestra propia salvación? No existe tal peligro. Todo lo contrario, ciertamente. Porque aquel que se interesa por los otros, no causa tristeza a nadie. Tiene compasión por todos y a todos ayuda, según su fuerza. No roba nada a

[www. expresionespiritual.com](http://www.expresionespiritual.com)

Si desea reproducir este artículo en fragmentos o en su totalidad DEBE CITAR COMO FUENTE BIBLIOGRÁFICA a la revista *Expresión Espiritual* y dar el crédito al autor del mismo.

nadie. Ni es ambicioso, ni ladrón, ni mentiroso. Evite todo mal y siempre persigue el bien. Ora por sus enemigos. Hace bien a quienes cometen injusticia contra él. No ofende ni habla mal de nadie, aunque hagan esto con él. Con todas estas cosas, ¿no contribuimos a nuestra salvación?

El amor, pues, es el camino de la salvación. Sigamos este camino, para que así heredemos la vida eterna.

[www. expresionespiritual.com](http://www.expresionespiritual.com)

Si desea reproducir este artículo en fragmentos o en su totalidad DEBE CITAR COMO FUENTE BIBLIOGRÁFICA a la revista *Expresión Espiritual* y dar el crédito al autor del mismo.